

# CRÓNICA ROSA ROSAE

COTILLOS, CHISMES,  
ESCÁNDALOS, DIMES Y DIRETES  
EN LA ROMA CLÁSICA

LAROUSSE

# SUMARIO

INTRODUCTIO	9
<i>Rumore, Rumore</i>	
PRAEFATIO	17
Cómo se escribe la historia y qué tiene que ver esto con los cotilleos	
I. ES UN ESCÁNDALO	31
Líos gordos	33
El romano más famoso, Julio César, es también de quien tenemos más cotilleos	35
Cleopatra, la faraona más famosa (con permiso de Lola) de quien no sabemos nada a ciencia cierta	42
Catón, ese <i>pesao</i>	44
Clodio y lo suyo	45
El rapto de las sabinas: Roma fundada sobre un escándalo	50
II. LAS REDES SOCIALES EN LA ANTIGUA ROMA	53
Si las redes sociales fueran analógicas	55
Mi vecino Claudio	56
<i>Followers e influencers</i> en la República romana	58
Cómo hacer viral algo en el siglo I a. C.: la receta de Clodio	62
Abreviaturas romanas	68
Para muros, los de Pompeya	69
Las redes sociales, otro invento romano recientemente recuperado	70

III. LOS LÍOS, EN LA CAMA...	75
Pero ¿queda algún famoso?	77
Clodia y su hija, de tal palo, tal palillo	79
Las chicas de Lemnos son guerreras	82
Las julias y sus amoríos	84
Los rumores, Raphael, Séneca y la noche	87
El bachillerato nunca se acaba	89
El hedonismo y las locuras de amor	91
Las mujeres los prefieren malos	92
IV. RUMORES Y POLÍTICA; ES MALO MEZCLAR	95
Cómo ganar unas elecciones porque eres del que menos cotilleos se cuentan	97
Germánico y la mala fama de Tiberio	100
Cicerón estaba de parranda, Graco quiso ser rey y Pirro y sus pírricas	103
César: cómo ganar una batalla a base de rumores	106
Cómo perder el juicio por listo	107
Rumores que terminan mal: los casos de Cicerón y Sejano	109
V. DUDAS RAZONABLES...	115
La cotilla y Longinos, un santo de pega	117
¿Fue una batalla Teotoburgo?	119
Los pájaros de Twitter y la fecha en que desapareció Pompeya	124
Sobre esqueletos y cadáveres	128
Historias romanas de fantasmas, ¿cuentos o rumores?	131
VI. LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN SIEMPRE EN MEDIO	137
Escribir es mentir por escrito	139
<i>Acta Diurna</i> , el primer periódico del mundo	140
Erratas famosas	144
Radio y televisión en Roma: darle tres sextercios al pregonero	147
La publicidad, invento romano	148

Lo que le ocurrió a Claudia	151
Anécdotas ciceronianas	153
Teñirte las canas no te hace más joven...	154
<b>VII. LÍOS IMPERIALES</b>	157
Los jugosos rumores de los famosos	159
Suetonio es un cotilla, y eso que era el más serio de todos	161
¿Era tan malo Calígula?	164
¿Era Claudio tan tonto?	168
Nerón, un caprichoso engreído, pero... ¿le gustaba jugar con fuego?	171
Anécdotas varias de varios césares	173
<b>VIII. Y, POR SUPUESTO, SEXO</b>	179
Roma no era una orgía constante (me temo)	181
Master & Servant, morbo y <i>bondage</i> en Roma	184
Infidelidades, de puertas adentro	186
Las tres Gracias romanas, consoladores y la virginidad	190
Que nadie se entere de lo que haces	194
Dibujar penes trae buena suerte	198
<b>EPILOGUS</b>	203
No se lo digas a nadie, pero...	
<b>BIBLIOGRAFÍA</b>	217

## INTRODUCCIO

«La historia es únicamente  
chismorreio».

OSCAR WILDE

### *Rumore, rumore...*

La Carrà cantaba esto de *Rumore, rumore* allá por los años setenta del pasado siglo, pero me temo que los cotilleos vienen de más lejos; desde que aprendimos a hablar, por lo menos. ¿Has oído rumores? ¿Crees en la rumorología? En resumen, ¿eres tan cotilla como yo? En todas las encuestas que se realizan en todo el mundo y desde siempre, la gente opina que no es cotilla pero que los demás sí que lo son. Muchísimo. Unas cotorras. Si lo preguntáramos en la Roma del siglo I a. C., la respuesta sería la misma: «Yo no soy cotilla, pero los romanos, en general, uf, sí que lo son». En fin. Cuentan que Lévi-Strauss (no el de los vaqueros, el otro), una vez en una tribu de estas primitivas, le preguntó al gran jefe si entre ellos había gente mala. El jefe le contestó que entre ellos no, pero que la tribu vecina estaba toda ella plagadita, plagadita de malotes y gente de mal vivir. «El infierno son los otros», como decía Jean-Paul Sartre. Pues con esto de los rumores nos pasa igual. Nadie es cotilla, pero desde siempre, las revistas del *corasón*, *corasón*, los programas de cotilleos en la tele y los chismes en general gozan de unas audiencias del copón, y los rumores corren como la pólvora, incluso a lo largo de los siglos. Por algo será.

Por otra parte, lo que consideramos *fuentes primarias*, los escritos de los antiguos en los que nos contaban lo malos malísimos que eran todos los emperadores, a lo mejor no son más que cotilleos

de la época, puestos por escrito, copiados, enmendados, corregidos y aumentados. Si hasta Groucho Marx dijo: «Cítenme diciendo que me han citado mal», ¿qué podemos esperar de textos latinos copiados una y otra vez durante más de dos milenios? Cuanto más sabemos, más sabemos que no sabemos nada... o al menos sabemos que no sabemos nada con total seguridad. Como dijo André Gide: «Cree a aquellos que buscan la verdad, duda de los que la han encontrado». Y sobre historia antigua, digan lo que digan, nadie ha hallado la verdad, y si tal cosa afirman, no hagas caso, es solo un burdo rumor. Si el emperador Nerón tiene fama de pirómano cruel, lo consideramos como algo cierto y verdadero, algo por lo que pondríamos la mano en el fuego, pero a lo mejor no es fuego todo lo que reluce...

La Fama es una diosa alada caprichosa, que lleva una trompeta y que, según Virgilio: «Tiene los pies en el suelo, pero la cabeza en las nubes. Puede hacer a los pequeños grandes y a los grandes, más grandes aún». Claro, porque *Fama*, antes de ser una canción de Bowie, una peli, una serie o un musical, era ya la diosa de los rumores, de los comadreos, la que murmuraba repitiendo todo lo que escuchaba, y que cuantas más veces oía algo, más alto lo repetía una y otra vez, gritándolo a los cuatro vientos. Fama tiene mil ojos y mil bocas. Vive en un palacio de bronce, que es como una campana, entre el cielo, la tierra y el mar. Es decir, en todo el medio. A su casa llegan todas las voces de todos los seres y, a su vez, vuelven al aire, amplificados por ella y por su campana, los más repetidos. Como lo que emite el palacio son solo ecos, estos no suelen durar mucho... Pero algunas veces, llegan a escucharse eternamente. Como le pasó a Aquiles, que cambió una vida larga por una fama eterna y un talón de cristal...

Junto al palacio de *Fama*, viven el error y la credulidad. A la Fama no le importa si lo que repite es cierto o falso, repite más lo que más escucha, y punto. Por eso, como dijo Warhol, «en el futuro todos seremos famosos quince minutos». Y así nos va, coleccionando seguidores en las redes esperando nuestros minutos... Por otra parte, lo de cría fama y échate a dormir, creo que solo funciona si esa fama es mala. Si no, me temo que hay que levantarse todos los días

a ganársela... salvo que busques fama de la otra: según con quién o con cuántos te acuestes, es decir, sin levantarte del lecho, ya puedes ganarte una reputación. Si eres un tío y vas con muchas a la cama, eres un machote. Si eres una tía y te has ido con muchos a la cama... pues sí, la fama puede ser machista, qué le vamos a hacer. Aunque la mala fama de las chicas la suelen fomentar otras chicas, no sé si por envidia, o a lo mejor por mucha envidia.

Es terrible que la fama pueda ser mala o buena. Que pueda ser fama o infamia. La buena es la que, para obtenerla, la profe de la serie decía eso de «buscáis la fama, pero la fama cuesta y aquí es donde vais a empezar a pagar, con sudor». Y la mala fama... esa no cuesta, lo que cuesta es deshacerse de ella. O directamente es imposible. Por ejemplo, el cab...ón que mató a Lennon, cuyo nombre no voy a mentar, consiguió fama de la mala para toda la eternidad, como Efialtes, el que enseñó el paso a través de las montañas a los persas en las Termópilas, o Erostrato, el que incendió el templo de Artemisa en Éfeso en el siglo IV a. C. Bajo tortura, confesó que su único objetivo al incendiar el templo fue «que por la destrucción del más bello de los edificios su nombre sería conocido en todo el mundo». Estos, el de Lennon, Efialtes y Erostrato, se merecen mala fama, oprobio y condenación eterna, pero luego están los que mataron a un perro y les llamaron mataperros, los que pecaron una vez o menos (pecado = falta) y solo se les recuerda por esa falta... cosa que también pasa.

Y aún diría más: ¿qué ocurre cuando tú no tienes la culpa de nada y la gente habla mal de ti y te crea mala fama? Como decía Brassens y cantaba Loquillo: «En mi pueblo, sin pretensión, tengo mala reputación/ Haga lo que haga es igual, todo lo consideran mal». A veces tienes mala fama solo porque alguien habla mal de ti. Por ejemplo, a Ulises, el de la *Odisea*, le caía mal un tal Palamedes, ya que por su culpa tuvo el de Ítaca que acudir a la llamada de Menelao, es decir, a la guerra en Troya (que duró veinte años) y para vengarse, el taimado Ulises esparció rumores en la *pelu* del campamento griego (o por ahí) sobre que el muchacho Palamedes estaba en tratos con los troyanos y, finalmente, en la tienda del susodicho escondió una carta (como un correo electrónico pero impreso, nota para

*millenials*) falsa como la falsa moneda, según la cual Palamedes estaba, como dirían los de Siniestro total, *trabajando para el enemigo*. El pobre de la mala reputación fue matado a pedradas por sus compañeros, lapidado a causa de ese falso testimonio, de ese rumor de que era un traidor, rumor inventado por el cojo Ulises. Pero hay muchos más casos de falsificaciones para crear mala fama. Como ejemplo también antiguo, es más que probable que fuera falso el supuesto testamento de Marco Antonio exhibido por Augusto en el Senado como prueba de que estaba dominado por el alcohol y por Cleopatra, una mujer, y además una mujer no romana. Por ese motivo Roma le declaró la guerra a la parejita. De hecho, la fama que Plutarco, y luego Shakespeare y Hollywood nos ha legado de ambos es más que sospechosamente amañada. Hasta en la obra del bardo inglés, la misma Cleopatra se ríe de la mala fama que les ha otorgado la historia:

—Antonio, será representado borracho,  
Y yo veré a algún chillón joven hacer  
De la grandeza de Cleopatra  
La pose de una prostituta.

Fama, en latín, viene del verbo *Fari* (no confundir con el famoso cantante y taxista) y tiene que ver con rumor, con hablar... Dicen que hablando se entiende la gente, pero también la gente hablando, el que tiene boca, se equivoca. Todos hemos jugado al teléfono estropeado, y los rumores, conforme se alejan de su punto de partida, van acrecentándose y enriqueciéndose, según la fantasía del transmisor. Así, un rumor que empieza en el Madrid de Felipe IV con dos personas discutiendo acerca de qué tal torea el conde de Villamediana:

—Qué bien pica el Conde.  
—Ya pero pica muy alto.

Termina con alguien entendiendo que al de Villamediana le gusta la reina Isabel de Borbón. Añadiendo a este rumor la supuesta enseña que llevaba el conde con reales bordados de plata en la



que se leía: «Son mis amores...» blanco y en botella; los maledicentes leían «son mis amores... reales», y total, que un tal Bellido mató al conde y entonces surgió el rumor de que tal escabechina había sido por orden del rey Planeta. A todo esto, seguramente la reina ni conocía al señor conde... Todo terminó con los versos atribuidos a Quevedo, estos también famosos: «Mentidero de Madrid / decidnos ¿quién mató al conde? / Ni se sabe, ni se esconde / sin discurso discurrid: / dicen que le mató el Cid, por ser el conde Lozano; / ¡disparate chabacano! / La verdad del caso ha sido / que el matador fue Bellido / y el impulso soberano».

El gurú del *marketing* Jean-Noël Kapferer afirmaba, a finales de los ochenta que «los rumores dependen más de la manera en que los hechos son percibidos que de los propios hechos», y yo añado que cuanto más famosa sea la persona de la que se dice el rumor, el chisme, como dicen en México, más creíble resulta, sobre todo, por falta de pruebas. Si dicen que los Stones se cambian la sangre cada año, nos lo creemos porque no podemos comprobarlo. Y porque no nos extraña nada de sus satánicas majestades. Pero si un cartel te advierte de que la farola está recién pintada, vas y la tocas para ver si es verdad, porque puedes comprobarlo.

La revista *Journal of Neuroscience* publicó en 2012 un estudio que afirma que nuestra memoria funciona como el teléfono estropeado. Cada vez que recordamos algo, olvidamos o añadimos «algunos detalles». Y lo que es peor, cada vez que recuperamos un mismo recuerdo, volvemos a reescribirlo. Tenemos demasiado ruido en nuestra cabeza y el disco duro rayado. Por cierto, *rumorem*, en latín, es sinónimo de ruido. Si eso nos pasa con nuestros propios recuerdos, qué no nos pasará con lo que escuchamos...

Y lo malo es que un rumor puede arruinar la fama, por ejemplo, de una empresa: Enron tenía, en los años noventa, 21 000 empleados en Houston (Texas) y ganó el premio a la empresa más innovadora del mercado; sus acciones subieron como la espuma durante cinco años consecutivos hasta 2000 y, de golpe, en 2001 (Houston, tenemos un problema), había quebrado por «rumores» de sobornos y de hacer operaciones de contabilidad, digamos, creativa. Un rumor también puede empezar una guerra: como cuando en la India se

dijo que los cartuchos de los rifles entregados a los cipayos, y que debían morder para introducir la pólvora en el arma, estaban engrasados con grasa de cerdo y vaca. Los soldados coloniales eran hindúes o musulmanes, así que el rumor terminó provocando un año de guerra y unos 156000 muertos en la India. Eso sí que es un «mensaje viral», y lo demás, zarandajas.

En la República romana, algunas elecciones se celebraban por tribus. De hecho, eso de «tribu» es un invento romano para clasificar a la gente de alguna manera y no tiene nada que ver con los comanches. En Roma había treinta y cinco tribus, cuatro urbanas y el resto rurales. Publio Cornelio Escipión Nasica, considerado el mejor ciudadano de Roma, se presentaba para edil curul en 199 a. C. y, en plena campaña, como siempre hacen los políticos, iba tras terminar su discurso dando la mano a los asistentes, haciendo bromas, pidiendo el voto (todo igual, menos las fotos). Tras saludar a un agricultor que tenía la mano especialmente callosa, se le ocurrió a Publio hacer un chiste y preguntarle al buen señor si caminaba con sus manos, ya que las tenía tan duras. Parece que el aludido se rio, pero otro que le escuchó avieso entendió que Cornelio hacía befa, mofa y escarnio de los rurales, de los campesinos. Evidentemente, se corrió ese rumor y Publio perdió esas elecciones.

Un ejemplo de lo que a los romanos les gustaban los cotilleos son las cartas de Cicerón, que están llenas de rumores, e incluso a sus interlocutores, cuando no tienen noticias que contarle, les pide que le cuenten los cotilleos, que también son importantes. A veces los rumores pueden ser una manera en que la gente critica a los miembros de la sociedad que superan los límites morales establecidos. Por eso son más criticados los más famosos, no porque lo sean, sino porque a través de los rumores, la comunidad también controla a la élite, del mismo modo que contábamos chistes de Franco cuando todavía vivía. También en todas las dictaduras se cuentan chistes sobre los mandatarios o acerca de la falta de libertad, como el que explicaba mi amigo cubano que se llamaba, digamos, Claudio, cuando decía que en la Cuba comunista hay libertad de prensa; solo hay un periódico, pero eres libre de comprarlo por la mañana, por la tarde o de no comprarlo. Las *Acta Diurna Populi Romani*, los

periódicos romanos, se llenaron de lo que llamaríamos cotilleos en el mismo instante en que se comenzaron a publicar. Por ejemplo, Séneca se queja de que como en los *Acta* sale diariamente una lista actualizada de los divorcios, la gente se ha acostumbrado a ver que las separaciones son algo tan común que están, según él, poniéndose de moda los divorcios. Quintiliano de Calahorra también indicó que algunas expresiones, como «con el corazón *partío*» (*saucius pectus*), nacieron en esas gacetas. Por cierto, que la palabra «gaceta» viene de una moneda veneciana, *gazzetta*, que era el precio de *Noticie Scritte*, el primer periódico moderno, nacido en Venecia (y lleno de cotilleos y rumores) en 1556.

Cuentan que Craso (tío del Craso famoso) en su estanque de anguilas tenía una favorita a la que incluso puso nombre (supongamos que Claudia) y que, además, tenía pendientes de oro. Cuando Craso la llamaba por su nombre, ella acudía a la superficie y el prócer la mimaba. A los romanos les encantaba el cazón, la morena y la anguila, posiblemente en adobo, como en Cádiz, donde dicen que se inventó (como todo) allá por 1812, año en el que, según cuentan, había en la tacita de plata más de cien freidurías. Lo de «bienme-sabe» viene de un viaje que hizo Isabel II a San Fernando y que dándole a probar el cazón ella contestó: «Qué bien me sabe». Y, automáticamente, según dice el rumor, el cazón pasó a llamarse así al menos en San Fernando. Volviendo a Craso, resulta que su anguila un día pasó a mejor vida y el oligarca le mandó hacer un funeral al que acudieron amigos y curiosos. El cotilleo que nos ha llegado termina diciendo que en el funeral Craso lloró y que su amigo Domicio le recriminó que llorara por un pescado, a lo que Craso le contestó: «Yo al menos tengo corazón, tú has enterrado a tres esposas y a ti nadie te ha visto llorar en sus funerales». Según otra versión, Domicio lo que hizo fue recriminarle que llorara por una anguila cuando no lo había hecho por su fallecida mujer, a lo que Craso respondió que la anguila, aun muerta, era menos fría que su mujer en vida y que por eso lloraba...

Los cotilleos y los escándalos mantienen la unidad, la moralidad y los valores comúnmente aceptados por la sociedad, permiten la competencia y rivalidad de individuos que aspiran a tener fama y,

además, nos mantienen entretenidos. Como decía Aristóteles, «cotillear es un pasatiempo trivial con el que disfrutamos». Y no vamos a contradecir al sabio. Para los gobernantes, es un alivio que pasemos el tiempo cotilleando en vez de escrutando lo que hace el César... como le contestó el actor Pylades a Augusto cuando el emperador le recriminó por tanto escándalo: «Oh, César, bien te conviene que hablen de nosotros y no de ti...».

Para terminar, una reflexión. ¿Y si en el futuro tuvieran que escribir la historia de nuestra época y solo hubieran sobrevivido los vídeos de los programas del corazón? Hoy sabemos que la mayoría de lo que pone en la *Historia Augusta*, o lo que escribieron Suetonio y Tácito, son cotilleos malintencionados, pero como no tenemos más fuentes... aceptamos pulpo como animal de compañía, sobre todo después de haber visto y leído *Yo, Claudio*, serie estupenda, sobre cotilleos romanos y destinada, entre otras cosas, a darle mala fama eterna a Livia Augusta, que no es tan mala como la pintan, ni Calígula tan loco, ni...

Pero qué más da; aquí somos romanos, estamos locos, nos gustan los mitos y, como romanos que somos, somos cotillas, reconocámoslo. Nos gusta saber cosas de los demás... aunque no sean ciertas, sobre todo si están bien contadas. Por cierto, ¿sabéis la última de...?

Paco Álvarez

Matrice, 2776 AUC; 2023 A.D.

(es decir, «hecho en el año 2776 desde la fundación de Roma [*Ab Urbe Condita*, AUC] o en el año del señor [*Anno Domini*, AD.] 2023»)